

La inundación

Mady Miranda¹

Universidad de Panamá, Panamá

madymiranda@gmail.com

El sol aún no había nacido es día, pero ya se sentía el movimiento de la gente en la casona de tambo. En medio del frío y los sonidos mañaneros de las gallinas, los esposos conversaban en la cocina. Ella, de pie delante del ordenado fogón, con hábiles aplausos moldeaba las tortillas en sus manos y las ponía en la paila llena hasta la mitad con aceite caliente; él, sentado a la mesa, la observaba y saboreaba su café tinto, endulzado con poca raspadura, como lo toman los hombres de montaña.

Ella era mestiza y zamba, criada en la costa y aún seguía usando las cotonas multicolores que le dejara su abuela india para estar en casa y a veces hasta para ir de visita, pero nunca para ir a misa. Se veía un poco rara, con su cabello increíblemente rizado, salvaje y al viento y su indumentaria autóctona. Era también heredera de los conocimientos ocultos de la bisabuela africana y de sus cartas de adivinar. Pero guardaba todas estas cosas en su corazón. La gente teme lo que no entiende, y destruye lo que teme.

Él, de piel dorada y ojos color de la miel, era devoto católico y gran trabajador. Tenía vacas y caballos y en su casa nunca faltaba nada de comer. Había sacos de frijoles y arroz, y la carne seca colgaba siempre sobre el fogón. Era un hombre áspero, callado y caballeroso a toda prueba. Sin embargo, tenía un corazón tierno, que sólo descubría ante su mujer, cuando estaban a solas. A veces sus costumbres le daban curiosidad y, en secreto, un poco de miedo, pero confiaba ciegamente en ella. Era su amuleto de la buena suerte, su estrella, su guía, su amor.

¹ Maestranda en Arqueología en la Universidad de Panamá.

- Hoy me llevo al niño al monte. No quiero que se acostumbre a estar en la casa revuelto con este mujererío, dijo él mientras buscaba la lima para comenzar a afilar el machete.

Tenían otras tres hijas, pero el niño era su orgullo. Había llegado una mañana de mucha lluvia y su padre se asombró al ver que la mirada atenta del recién nacido se posaba en una rendija de la pared por donde se colaba un rayito de luz. Era un niño muy especial, con su atención puesta siempre en la naturaleza y ensimismado en sus observaciones del mundo.

Ella puso la última tortilla en la paila, reservando los Almojábanos para cuando las niñas despertaran. Tomó la totuma ya vacía que había dejado su esposo sobre la mesa y, como todas las mañanas, observó atentamente los restos del líquido que se deslizaban por el fondo del recipiente. No le gustó lo que vio.

- Hoy no te lo lleves. Mejor otro día, cuando pasen las lluvias. Déjalo dormir un rato más.

El niño llegó a la cocina bañado y vestido. Su padre le amarró los zapatos y le acomodó los botones de la camisa.

- No te asustes. Acuérdate que tengo el escapulario de la Virgen de Guadalupe que me diste. Se lo pongo al muchachito y ya, no le va a pasar nada.

Ella recordó la primera vez que él la llevó a la iglesia. No iba desde que la bautizaron. Fue cuando reconoció con gran regocijo a su querida Madre, La Reina del Cielo, la del poder sobre la Vida y la Muerte, allá, en el altar. Desde entonces no se perdió una misa, occidentalizó un poco su aspecto para salir, y procuraba tener imágenes de la Virgen por todas partes. El recuerdo se escabulló entre la neblina que envolvía la casa y sus ojos brillaron como las brasas del fogón al amanecer. “Sí, es cierto, nada les va a pasar si van protegidos por mi Madrecita”. Y sonrió.

Padre e hijo salieron de la casa y comenzaron a caminar.

- ¿Para dónde vamos, papá?

- Para la finca del otro lado del río. Quiero ayudarle al peón a reparar la cerca antes de que el ganado se empiece a salir y se pierda.

Siguieron caminando en silencio, ambos absortos en sus propios pensamientos. El niño admiraba el brillante espectáculo del sol que, al salir, le daba tonos dorados y rojizos a la cumbre del viejo volcán, en cuyas laderas se encontraban. Su madre siempre le decía que ese monte era en realidad un dragón dormido, y esa mañana cristalina se veía tan cercano que él sintió ganas de tirarle una piedra para ver si se despertaba. Después de un rato de caminar fueron entrando en una selva milenaria, del color del jade antiguo, sustentada por un río caudaloso, el cual tendrían que cruzar para llegar al lugar donde estaba el ganado.

No muy lejos, un gato de montaña escuchó el ruido de pisadas humanas y se escondió. Cuando el hombre y su cachorro pasaron, él los siguió a prudente distancia. No los quería perder, pero tampoco quería descubrir su presencia. “Los humanos pueden ser peligrosos”. Y los siguió a través de la espesa selva mientras sus ojos brillaban como brasas.

El padre no pudo evitar sentirse intranquilo al percibir que alguien lo vigilaba. Recordó las emboscadas de los cholos guerrilleros en los no lejanos tiempos de la guerra, y aunque ya las cosas se habían tranquilizado, se aseguró de tener el machete en su lugar.

- No te me alejes, mi 'jito-, le dijo al niño tomándolo de la mano y las palabras de su esposa se presentaron en su mente. En ese momento comenzó a lloviznar.

El río normalmente bajaba en espumoso torrente desde la cumbre de la cordillera y le daba vida a la efervescente fauna y flora que deleitaban los ojos del niño. Frondosos árboles se levantaban en ambas orillas, entrelazando sus ramas sobre el agua y formando una espesa cúpula de verdor que dejaba caer bejucos con hojas exóticas. Pero el padre no puso atención a tanta belleza. Le extrañó que el caudal del río hubiese bajado y sobre todo en temporada de lluvia. Las piedras que normalmente estaban sumergidas en la orilla hoy podían verse. Cargó al niño en sus brazos y caminó por un frágil zarzo. La lluvia arreció y el hombre apuró el paso. Con rapidez, llegó a la otra orilla, caminó un trecho en que la selva se convertía en llano y se dirigió al cobertizo de las vacas, a encontrarse con el peón. Poco después empezó a escampar.

El gato de montaña subió a un árbol en la orilla del río y cruzó al otro lado por las ramas que se entrelazaban, bajó por el tronco de otro árbol, se escondió entre las raíces y las plantas de la orilla, se hizo invisible entre ellos, y esperó.

A media tarde, después de haber trabajado sin descanso, el peón y el patrón terminaron la tarea mientras el niño estudiaba caminos de arrieras, hurgaba sapos con un palo para verlos saltar y perseguía libélulas. Luego todos comieron el almuerzo envuelto en hojas de bijao.

-Tenga cuidado al regreso, Don, me dijeron que el río hizo un embalse más arriba con el último aguacero y en cualquier momento se nos viene encima una cabeza de agua cuando se rompa el dique.

-Me lo imaginé, cuando vi el río tan bajo esta mañana.

El patrón le dio algunas instrucciones al peón y, finalmente, se despidieron.

El niño y su padre caminaron apurados para cruzar cuanto antes el río. Al llegar, comenzó a llover con fuerza y el padre dudaba de si cruzar por el zarzo. De repente escucharon un fuerte ruido de piedras y palos arrastrados por la corriente y vieron a lo lejos una ola inmensa, bajando por el cauce del río. No tenían tiempo de regresar y, si no cruzaban pronto, la corriente se los iba a llevar. El padre decidió no usar el endeble puente, por estar demasiado cerca del agua, sino cruzar por la cúpula de ramas sobre el río, y le dijo a su hijo que subiera él primero. El chiquillo obedeció y comenzó a trepar por el resbaladizo tronco. El padre lo siguió, y justo a tiempo, porque cuando estaban a la mitad, exactamente sobre el río, pasó demoledora la cabeza de agua más grande que el hombre hubiera visto en su vida. Palos y piedras se abalanzaban debajo de ellos a una velocidad asombrosa haciendo un ruido infernal. Lo que más impresionó al niño fue la limpieza y verdor del agua delante de la ola en contraste con el sucio color marrón que arrastraba. La visión fascinante lo hizo perder el equilibrio y quedó colgando de una frágil rama que a duras penas lo sostenía.

El gato de montaña saltó de entre la espesa cúpula de vegetación y con sus mandíbulas sujetó al niño por el cuello de la camisa. Antes de que el padre pudiera sacar el machete, el animal se lo llevó de rama en rama y bajó al otro lado, lejos de la orilla. El padre los siguió desesperado, y los encontró cuando el animal soltó

momentáneamente a su presa sobre una gran piedra. El niño se escapó y corrió en dirección a su padre quien, confiando en su puntería invencible, tiró el machete consiguiendo herir al gato en una pata delantera. Éste lo miró, mientras sus ojos brillaban como brasas y desapareció en el verdor.

Los dos siguieron caminando por la selva hasta llegar al prado, en donde se sentaron a descansar. Estaban asustados, pero felices de estar juntos y a salvo. El padre pensaba que nunca más iba a tirar en saco roto lo que su mujer le decía. “En fin, salimos de eso ya y lo podemos contar”, concluyó para sí. “El domingo voy a mandar a decir una misa de acción de gracias”.

Un rato después llegó a la casa, cansados, mojados y temblorosos. Entraron en la cocina y encontraron a la esposa, con su cabello alborotado y su cotona multicolor, poniéndose un unguento aromático en el brazo.

- ¡Bruto! La próxima vez, mira bien a quién le tiras ese machete. Y sus ojos, por una fracción de eternidad, brillaron como las brasas del fogón al amanecer.

Conflicto de interés

La autora declara no tener conflicto de interés.

Información adicional

La correspondencia y las solicitudes de materiales de este escrito deben dirigirse al autor.

Las impresiones y la información sobre permisos están disponibles en el siguiente enlace: https://www.revistas.up.ac.pa/index.php/contacto/acceso_reuso